

Historias de Japón

Xavier Moret

Viaje al país de los samuráis, del sushi
y de la tecnología punta

ÍNDICE

Prólogo. Una nueva era	13
------------------------	----

PRIMERA PARTE TOKIO

1. La gran metáfora del metro	23
2. Las calles de Tokio	31
3. El santuario de Yasukuni y el templo de los cuarenta y siete samuráis	43
4. Akihabara: electrónica, videojuegos, manga y anime	51
5. El parque Yoyogi, los norteamericanos y los Juegos Olímpicos	59
6. Saigo Takamori, el último samurái	65

SEGUNDA PARTE CERCA DE TOKIO

7. El Gran Buda de Kamakura	73
8. La belleza de la antigua Nikko	81
9. Montañas, lagos y cascadas	89
10. Fuji, la montaña sagrada	95

TERCERA PARTE
LA ISLA DE SHIKOKU

11. Japón visto desde el <i>shinkansen</i>	105
12. Kompirasan, el santuario de los marineros	112
13. Los ochenta y ocho templos	120
14. El pequeño Tíbet de Japón	127
15. La casa soñada	135
16. Matsuyama y el <i>onsen</i> más antiguo	141

CUARTA PARTE
EL OESTE DE LA ISLA DE HONSHU

17. Hiroshima y el triste recuerdo de la bomba	149
18. Un tren antiguo y un templo de gatos	156
19. Casas de samuráis, el santuario del mar, ballenas y Yamaguchi	163
20. Shimonoseki: batallas navales, pez globo y más samuráis	170
21. Los piratas y la isla de Innoshima	177
22. La espada, el alma del samurái	184
23. Naoshima, la isla de los museos	189

QUINTA PARTE
KIOTO

24. El camino de la Filosofía	197
25. <i>Geishas</i> y <i>kaiseki</i>	205
26. Jardines zen y la ceremonia del té	210
27. El mercado de Nishiki y la noche de Kioto	216
28. El santuario de Inari, el bosque de bambú y los estudios de cine	223

29. Los ciervos de Nara	228
30. Una conversación con Alex Kerr	232

SEXTA PARTE

OSAKA, LOS LUGARES SANTOS Y LA MONTAÑA

31. Osaka es diferente	243
32. Koyasan, la montaña santa	249
33. El santuario de Ise	259
34. País de nieve	267
35. Shirakawago y las «casas de rezar»	273
36. Kanazawa, el pequeño Kioto	276

SÉPTIMA PARTE

LA ISLA DE KYUSHU

37. Nagasaki: la segunda bomba atómica y los mártires cristianos	285
38. La isla de los holandeses y la Madame Butterfly House	291
39. Gunkanjima, la isla abandonada	297
40. El volcán Shimabara y la persecución a los cristianos	303
41. El castillo de Kumamoto y la casa de Lafcadio Hearn	310
42. Kagoshima y san Francisco Javier	317
43. Saigo Takamori, el héroe de Kagoshima	324
44. El museo de los kamikazes	333
Agradecimientos	343
Bibliografía	347

PRÓLOGO

UNA NUEVA ERA

Aterricé en Tokio, en mi último viaje a Japón, unos días después del 1 de mayo de 2019, justo en el momento en que, con la proclamación del emperador Naruhito, empezaba la era *reiwa*. Aparentemente nada había cambiado, pero los japoneses hablaban de la nueva era como si a partir de aquel día todo tuviera que ser distinto. Yo no supe apreciarlo, la verdad, pero, quién sabe, quizás sí que fuera así. Al fin y al cabo, en Japón se considera que un cambio de era es una oportunidad de pasar página, de dejar atrás el pasado y de mirar hacia adelante con optimismo.

El anterior emperador, Akihito, sintiéndose sin fuerzas a los ochenta y cinco años, había decidido abdicar y pasar la responsabilidad del Trono del Crisantemo a su hijo mayor, Naruhito, de cincuenta y nueve años. Akihito, a su vez, había subido al trono en 1989, inaugurando la era *heisei* ('logrando la paz'), y había sucedido al emperador Hirohito, que tuvo un largo reinado de sesenta y tres años, de 1926 a 1989. Cuando este subió al trono, inaugurando la era *showa* ('paz y armonía'), los súbditos creían que el emperador era una divinidad, pero tras la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial vino un descalabro y el emperador renunció públicamente a su carácter divino. Es decir, que Hirohito fue un dios hasta los cuarenta y cuatro años y un ser humano a partir de esta edad.

Fuera como fuese, son muchos los japoneses que aún hoy siguen creyendo, de acuerdo con la religión sintoísta y su mitología, que el emperador desciende de la diosa del sol, Amaterasu, que dio vida a la tierra de Yamato (origen del actual Japón) y fundó una dinastía que reina sin interrupción desde hace 2.600 años. Tres misteriosos regalos —un espejo, una espada y una joya— son el legado de esta diosa a la familia imperial. Dos de ellos, la espada y la joya, estuvieron presentes en la ceremonia de entronización del último emperador, aunque convenientemente envueltos, puesto que ni siquiera el emperador está autorizado a verlos.

Lo de dar nombre a las eras puede parecer una extravagancia desde Europa, pero en Japón la tradición pesa, y pesa mucho. Son cosas como esta las que hacen que este país, pionero en cuanto a modernidad y tecnología se refiere, sea mucho más complejo de lo que parece a primera vista.

Para poner nombre a la nueva era, los sabios se inspiran en los clásicos y en la historia de Japón, en una tradición que se remonta a hace más de mil trescientos años. El nombre «*reiwa*», en concreto, está sacado de dos *kanjis* o ideogramas, el que significa ‘bonito’ u ‘orden’ («*rei*») y el que significa ‘armonía’ («*wa*»). Ahora bien, no hay acuerdo para decidir qué significa exactamente «*reiwa*». Algunos lo traducen como ‘bella armonía’, ‘venerable armonía’, ‘orden y armonía’ u ‘orden y paz’, pero otros más inspirados lo estiran hasta ‘la cultura que se alimenta cuando se armoniza el corazón de un modo bello’.

En el Japón moderno, que, según los historiadores, empieza con la restauración Meiji de 1868, ha habido hasta ahora cinco eras: las tres ya mencionadas —*showa*, *heisei* y *reiwa*— y, además, la *taisho* (‘gran virtud’; 1912-1926) y la *meiji* (‘reino ilustrado’; 1868-1912). De acuerdo con los japoneses, todos los ciudadanos de una era comparten ciertas características; los de

la era *meiji*, por ejemplo, son tozudos; los de la *taisho*, liberales; los de la *showa*, adictos al trabajo, y los de la *heisei*, individualistas. Los de la *reiwa*, ya veremos.

Fue con la era *meiji*, iniciada en 1868, cuando todo cambió en Japón. Durante más de doscientos cincuenta años, bajo el sogunato de los Tokugawa (1603-1867), el país vivió un largo período sin guerras y estuvo cerrado al exterior (ni los extranjeros, salvo contadas excepciones, podían visitarlo ni los japoneses tenían permitido viajar al extranjero), pero a partir de aquel año el país empezó a abrirse. La culpa fue del comodoro norteamericano Matthew Perry, que en 1852 recibió el encargo del presidente de Estados Unidos de establecer acuerdos comerciales con el país del sol naciente. Perry llegó a la bahía de Tokio, «con cuatro grandes barcos negros», en julio de 1853 y, a pesar de que le dijeron que debía poner rumbo al puerto de Nagasaki, el único que en aquel tiempo estaba abierto al comercio exterior, se negó a marcharse sin antes entregar una carta de su presidente al sogún, el comandante del Ejército que representaba al emperador. Para demostrar que hablaba en serio, llegó a amenazar con utilizar la fuerza de los cañones.

El comodoro regresó a la costa de Tokio en febrero de 1854, y en esta ocasión lo autorizaron a desembarcar y a firmar un acuerdo comercial. Los japoneses, conscientes de su inferioridad en cuestión de armamento, sabían muy bien que las espadas de los samuráis poco podían hacer en un combate contra cañones y que, si querían ser competitivos, tenían que abrirse al exterior para incorporar las innovaciones tecnológicas.

No mucho después del de los norteamericanos, llegó el turno de rusos, ingleses y franceses, que también firmaron tratados comerciales con Japón. A partir de estos hechos, bajo el lema «*Wakon yosai*» ('Espíritu japonés, tecnología occidental'),

Japón abandonó la sociedad feudal en la que había estado inmerso durante muchos años y se abrió al mundo. Para confirmar esta apertura, entre el 23 de diciembre de 1871 y el 13 de septiembre de 1873, la Misión Iwakura, formada por integrantes del Gobierno, expertos en distintos ámbitos y unos sesenta estudiantes, fue enviada a Estados Unidos y a algunos países de Europa, África y Asia para estudiar qué podía copiar Japón del extranjero. Finalmente se quedaron, a grandes rasgos, con los modelos de la Marina inglesa, el arte italiano, el Código Civil francés, las escuelas alemanas y el desarrollo de los espacios vírgenes de Estados Unidos. Esto último lo aplicaron, en concreto, en la isla de Hokkaido, al norte del país.

La segunda revolución la vivió Japón a raíz de la derrota en la Segunda Guerra Mundial. Entre 1945 y 1952, bajo la supervisión del general norteamericano Douglas MacArthur, los aliados ocuparon el país y los japoneses tuvieron que renunciar a los sueños de grandeza imperial para concentrarse en el trabajo. Lo hicieron tan bien que después de treinta años de pujanza se convirtieron en la primera economía mundial. A mediados de los años ochenta, sin embargo, las burbujas inmobiliaria y financiera hicieron caer al país en una larga crisis que todavía dura.

En 1946, la antropóloga norteamericana Ruth Benedict (1887-1948) publicó *El crisantemo y la espada*, un análisis cultural de las normas y el comportamiento de la sociedad japonesa. De hecho, el libro surgió de un encargo de la Oficina de Información de la Guerra de Estados Unidos, que buscaba profundizar en el conocimiento de Japón, un país con el que estaban en guerra y que para entonces les era totalmente desconocido.

Ruth Benedict no hablaba japonés y nunca fue a Japón, pero se documentó a fondo para escribir que los japoneses creen en la superioridad del grupo sobre el individuo y del espíritu sobre la materia. Y sentenció que «tanto la espada